

á levantar la frente como si el espíritu fuese más libre, la vista penetrase más lejos con sus miradas, invitándonos á beber el aire en amplias bocanadas, con nuevas sensaciones de placer, como si ya trasportase los fuertes perfumes de las grandes florestas de la America latina, á la cual volaba directamente nuestro pensamiento con un vuelo de seis mil millas.

El cielo estaba muy terso, y sobre el horizonte pendía un casco de luna, casi desvanecido en la suavidad del azul.

Parecía que aquel Océano, en quien casi todos habíamos pensado hasta entonces con inquietud, murmurase:

—Venid: soy inmenso, pero bueno.



IV

Á PROA Y Á POPA

—

Dois días después, podía decirse que todo estaba en orden á proa, y comencé mis observaciones.

Cuando subí al lado del comandante, á eso de las ocho, que era la hora del almuerzo, la proa ofrecía el aspecto mixto de un mercado de pueblo y un campamento de gitanos que hubieran deshecho las tiendas. Cada grupo de emigrantes había tomado posiciones, en ellas pasaba la mayor parte del día, siendo los sitios respetados por todos, según tradicional costumbre. Donde quiera que se pudiera estar sentado sin estorbar el paso, en todos los rinconcillos que formaban las torres de jarcias y los montones de heno y de mercancías hacinados en la

obra muerta, se había metido, como nidada de gatos, un bando de conocidos ó una familia, con sus sillas, cojines ó mantas; y algunas se hallaban tan bien acomodadas, que se podía haber pasado por delante de ellas diez veces seguidas sin descubrirlas: ¡la gente pobre se adapta á todos los huecos como el agua!

Una parte de los pasajeros todavía mojaba las galletas en el café, con las escudillas de lata sobre las rodillas; algunos lavaban sus cacero-las en los pequeños depósitos ó distribuían agua dulce á su *rancho* en aquellos característicos conos truncados pintados de rojo y verde; otros estaban acurrucados á lo largo de los parapetos, en las posturas peculiares á los campesinos, habituados á descansar sobre la tierra, ó paseaban con las manos en los bolsillos, como los domingos en la plaza de su pueblo, mientras las mujeres, con los cabellos sueltos por la espalda, se peinaban delante de espejos de veinte céntimos, aviaban á los muchachos, prestándose unos á otros cepillos, jabones, toallas; daban de mamar á los niños, remendaban ropas, lavaban prendas en cuatro gotas de agua, todas afa-nosas, visiblemente angustiadas por la estre-chura del espacio y por la falta de cien y cien utensilios.

Entre la multitud apiñada y negra veíanse girar altos gorros azules, tocas verdes de muje-

res calabresas, anchos sombreros de fieltro de los campesinos de la Alta Italia, cofias monta-ñesas, papalinas rojas, *italianillas*, coronas de rayos de alfileres de las campesinas de la Brianza, cabezas blancas de viejos, negras ca-belleras salvajes y una variedad admirable de rostros cansados, tristes, sonrientes, atónitos, siniestros, no pocos de los cuales hacían creer que en verdad la emigración se lleva del país los gérmenes de multitud de delitos.

Pero estando tranquilo el Océano y el aire límpido y fresco, muchos se mostraban alegres. Y podía ya notarse que, sosegada la agitación de la salida, la cual había absorbido todos los pensamientos, *el eterno femenino* había reco-brado su eterno imperio aun allí mismo; y no sólo esto, sino que, por efecto de la escasez, su valor había aumentado... como en América.

Pocos hombres miraban al mar; los más pasaban revista á los pasajeros. Los jóvenes sentados sobre las bordas, con una pierna col-gando por fuera y los pelos revueltos hacia la nuca, tomaban posturas y ademanes de arro-gante seguridad marinera, hablando fuerte, modulando la risa para atraer la atención, y mirando casi todos hacia la bocaporta del dor-mitorio *femenino*, donde se habían recogido, como sobre un palco, muchas jóvenes bien peinadas, con lazos en la cabeza, vestidos cla-

ros, pañuelos vistosos atados con gracia: la parte *emprendedora* ó conquistadora, si se quiere, parecía corresponder al bello sexo de tercera. Entre todas sobresalía una bella muchachuela — campesina de Capracotta, — con una carilla regular y dulce como de virgen (mal lavada), á la cual sentaba admirablemente un pañuelo que llevaba cruzado al pecho, cubierto de rosas y claveles de color púrpura, que parecían verdaderos, y resaltaban con mucha brillantez. También noté dos muchachas, morena la una y rubia roja la otra, dos graciosas caras con mucho desenfado, puestas con cierta coquetería urbana, que discurrían muy animadamente, prorrumpiendo de cuando en cuando en estrepitosas carcajadas, después de haber fijado la mirada, ora en un pasajero, ora en otro, como si pasasen revista á los tipos ridículos de la «emigración».

El comisario, que allí se apareció mientras yo las observaba, me dijo que eran lombardas, é iban solas; supuestas coristas; dos diablos que prometían darle no pocas desazones durante la travesía. Y como yo no comprendiese á qué clase de desazones se refería, me reveló una de las mayores plagas de la vida de á bordo en aquella irrupción de emigrantes: los celos de las mujeres casadas.

¡Una cosa tremenda! Las mujeres honradas,

con sus niños en el regazo, tenían guerra á muerte declarada á tales aventureras impúdicas, que tiraban á *hechizar* á sus pobres maridos desocupados, aprovechándose de aquella confusión de gentes; y surgían de esto contiendas rabiosas en las que tenía él que entrar como conciliador. ¡Ah! más tarde las oiré. Degraciadamente en aquella travesía había varias docenas de la clase, que parecían haberse unido para su desventura.

Me indicó otra muchacha, una especie de mujer-cañón, sentada detrás de aquellas dos, con la cabeza alta, vestida de negro, cara de leona, morena, no fea, pero.... ¡Dios me libre! la cual tenía una coquetería particular: la soberbia, el puntillo de sobresalir y de hacerse desear con la ostentación de un desdén de príncipe hacia la gente, de un pudor ultradelicado, temerosa de ser profanada con el aliento sólo; y que amenazaba á todos asegurando que tenía en Montevideo un pariente periodista que hacía estremecerse al mismísimo gobierno. La primera noche ya había ido á pedirle justicia contra un campesino, que, al pasar á su lado, le había rozado contra una gruesa bolsa de cuero, que llevaba á la bandolera, y preguntándole en la conversación que á qué iba á América, había contestado altaneramente:

— A tomar el aire.

Pues bien: esto era un desorden fingido; pero había también verdaderos desarreglos, ó arreglos: tanto monta.

El comisario me habló después de otras cosas. Buscó con la vista un momento, y me señaló familias ó personas sueltas acurrucadas en el último rincón, separadas de la multitud, todas las cuales, por su actitud, por sus vestidos raídos, pero de telas y corte señorial, mostraban ser gentes obligadas á marcharse á América por algún revés inesperado de la fortuna, que les había arrojado de la abundancia á la miseria, hasta el punto de no contar con dinero suficiente para tener un pasaje de segunda clase. Entre otros, había dos cónyuges, con una muchachilla de diez años, que estaban de pie, aislados, muy cerca de la cuadra de los bueyes, mostrando tal embarazo que ni á sentarse se atrevían: los dos próximamente de cuarenta años, macilentos y de tristísimo aspecto. Eran comerciantes. La mujer, alta y delgada, con los ojos irritados como si acabara de salir de reciente enfermedad, había pasado todo el primer día en el dormitorio, entre las campesinas, llorando sobre la cabeza de su hija, y sin comer.

—Miserias—dijo el comisario.—en todas partes se encuentran; ¡pero en el mar parecen más tristes!

Por el contrario, mirando hacia abajo, precisamente al pie del entrepuente de mando, había hecho un maravilloso descubrimiento: una de las figuras más bellas que en el mar como en la tierra había visto, vivas, pintadas ó esculpidas desde el día primero en que recorrí el mundo. El sobrecargo me aseguró que era genovesa. Estaba sentada sobre un banquillo; á su lado, un viejo que parecía su padre, echado en el suelo. Ella lavaba la cara á un chiquillo, sin duda hermano suyo. La muchacha, grande, rubia, tenía el semblante de una regularidad y pureza de líneas verdaderamente angelicales, los ojos rasgados y claros, la tez blanquísima; perfecta de cuerpo, excepto las manos, demasiado largas; vestía juboncillo blanco suelto y falda azul que oprimía dos caderas de mármol. Por el vestido, á pesar de su exquisita pulcritud, se veía que era pobre; mostraba dignidad señorial en toda su persona, mixta sin embargo, de una apariencia tan ingénua, y una gracia tan sencilla en sus ademanes y movimientos, que no desdecían de la humildad de su estado. Su contemplación despertaba en quien la admiraba la idea de una niña de diez años crecida de repente en pocos días. Varios pasajeros la echaban unos ojos que querían comérsela, y otros, al pasar, volvían la cabeza hacia ella. En el tiempo que nosotros estuvi-

mos mirándola, ni una vez siquiera volvió su vista, ni dió la menor señal de advertir que la admiraban, manteniendo su cara una tranquilidad tan inmóvil, tan transparente estoy por decir, que hizo imposible la más vaga sospecha de que aquella actitud fuese mero artificio. Era en todo tan distinta de la multitud circunstante, que parecía solitaria en medio de un espacio libre, y á pesar de que la gente la oprimía por todas partes.

¿Cómo se encontraba allí aquel *gentil milagro*?

Su fama debía de ser ya grande en el vapor, porque hubo un momento en que vimos asomarse á una ventanilla, y mirarla con aire de admirador habitual, nada menos que al cocinero de tercera clase, con su gorra blanca y su carona brusca, rechoncha, de amapola, y de extraordinaria altivez, en cuyo semblante aparecía la conciencia de ser para los emigrantes el más importante personaje del vapor, reverenciado, temido, cortejado como un monarca.

—También esta—dijo el comisario moviendo la cabeza,—sin quererlo, me dará que pensar.

Y todo se volvía augurio de un mal viaje.

*
* * *

Si bien había, pues, alguna cosa sonriente, el espectáculo en su conjunto oprimía el corazón.

Ciertamente, que en tan gran número, muchos de ellos hubieran podido seguir campando honradamente en la madre patria, y emigran por salir de una medianía, de que sin razón estaban descontentos; muchos otros también que, dejando en su casa colosales deudas y una reputación perdida, no iban á América á trabajar, sino por ver si había mejor aire que en Italia para el ocio y la truhanería. Pero la mayor parte, preciso es reconocerlo, eran gentes forzadas á emigrar por el hambre, después de una lucha inútil durante años enteros bajo las garras de la miseria. No dejaba de haber de aquellos trabajadores adventicios del Vercellese, que con mujer é hijos, matándose á trabajar, no logran reunir quinientas pesetas al año, cuando encuentran trabajo; de aquellos labradores de Mántua, que en los meses fríos pasan á la otra orilla del Po á recoger tuberosas negras, con las cuales, cocidas en agua, no se sustentan, pero consiguen no morir durante el invierno; y de aquellos arrozeros de la baja Lombardía, que por una peseta diaria, sudan horas y más horas, fatigados por el sol, con la fiebre en los huesos, metidos en el agua corrompida que les envenena, para poder campar con polenta, pan

enmohecido y tocino rancio. Había asimismo de aquellos aldeanos del Pavese que, para vestirse y proveerse de instrumentos de labranza, hipotecan sus propios brazos, y no pudiendo trabajar todo lo que el pago de su deuda exige, renuevan el arrendamiento al fin de cada año bajo condiciones más duras, reduciéndose á una esclavitud famélica y sin esperanza, de la cual no tienen otra salida sino la fuga ó la muerte.

Muchos había de aquellos calabreses que viven con un pan de lentejas silvestres semejante á un amasijo de serrín y lodo, y que en los años de malas cosechas comen las hierbas de los campos cocidas sin sal, ó devoran crudas las puntas tiernas de las matas, como el ganado; y de aquellos gañanes de la Basilicata que andan todos los días cinco ó seis millas para llegar á las tierras de labor, llevando á la espalda los aperos, y duermen con el cerdo y con el asno sobre el santo suelo, en horribles zaquizamés sin chimenea, iluminados con trozos de madera resinosa que les sirven de teas, sin probar un pedazo de carne en todo el año, mas que cuando por algún incidente se les desgracia una bestia. É iban también muchos de aquellos pobres comedores de pan negro de centeno y agua con sal de las Puglias, que con una mitad de su pan y ciento cincuenta pesetas al año, deben mantener la familia en la

ciudad, separada de ellos, y en el campo donde se revientan, durmiendo sobre sacos de paja, metidos en nichos excavados en los muros de una cueva en donde gotea la lluvia y penetra el viento. Había, por último, buen número de los varios millones de pequeños propietarios de tierras, reducidos por un impuesto *único en el mundo* por lo gravoso, á condición harto más infeliz todavía que la de los mismos proletarios, viviendo en sitios tan selváticos que muchos mendigos los rehusarían, y tan miserables, que «ni siquiera podrían vivir higiénicamente si fueren obligados á ello por ley».

Todos estos no emigran por espíritu aventurero. Para cerciorarse, bastaría ver cuántos cuerpos de sólida osamenta, á quienes las privaciones arrebataron la carne, había en aquella muchedumbre, y cuántos semblantes fieros que revelaban bien á las claras el combate prolongado y sangriento sostenido antes de abandonar el campo de batalla. No bastaba para atenuar la compasión el aducir la antigua acusación de blandura y de pereza lanzada por los extranjeros á los cultivadores de la tierra italiana; acusación destruída tiempo ha por una solemne verdad, proclamada asimismo por los extranjeros, de que, tanto en el mediodía como en el septentrión, ellos *prodigan tanto sudor sobre el terruño que no es posible más; y no sólo*

proclamada, sino probada por los muchos países que les solicitan y les prefieren. ¡Eran acreedores á una profunda y absoluta piedad!

Y tanto más dignos de ella, teniendo en cuenta que muchos guardaban ya en el bolsillo ruinosos contratos, pactados con los acaparadores, que acechan la desesperación en las cabañas, y la compran: ¡cuántos no serían aferrados á la llegada por otros malvados traficantes y exprimidos tiránicamente años enteros; cuántos otros no llevarían quizá en su cuerpo, mal nutrido y agotado por la fatiga, el germen de una enfermedad que les haría sucumbir en el nuevo mundo! Era inútil procurar no pensar en las causas remotas y complejas de aquella miseria, ante la cual, como dijo un ministro, «nos encontramos tan profundamente entristecidos como impotentes»; en el empobrecimiento progresivo del suelo, en la agricultura abandonada por la revolución, en los impuestos gravados por necesidad política, en las herencias del pasado, en la concurrencia extranjera, en la peste. Bien á mi pesar, resonaban en mi mente, como un estribillo, aquellas palabras de Giordani: «Nuestro país será bendecido cuando se recuerde que también los campesinos son hombres.» No podía apartar de mi corazón que en aquella miseria tenían á su vez gran parte de culpa la maldad y el egoísmo huma-

nos: tantos señores indolentes, para quienes el campo no significa sino un lugar de esparcimiento caprichoso para unos cuantos días del año, y la vida miserable de los labradores una queja convencional de humanitarios utopistas; tantos usureros sin ley ni corazón, tanta cetera de empresarios y traficantes, que quieren hacer cuartos á toda costa, sin sacrificar nada y pisoteándolo todo: feroces despreciadores de los instrumentos de que se sirven, y cuya fortuna no es debida á otra cosa sino á una infatigable sucesión de avaricias, de durezas, de pequeños latrocinios y de pequeños engaños; á migas de pan y á céntimos, disputados en cien partes y por treinta años seguidos á quien es ni para comer tienen bastante.

Y luego acudían á mi mente otros mil, que, tapándose con algodón los oídos, se frotan las manos y sonrían; y pensaba que hay algo peor que estrujar la miseria y despreciarla: el negar que existe, mientras aulla y solloza á la puerta.

*
*
*

Hubiera querido bajar entre aquellas gentes y hablar con alguno; pero creí preferible esperar un día en que hubiese menos confusión.

Para desentenderme de estos pensamientos pesimistas fui á pasar una hora en la *plazoleta*, espacio que se hallaba al lado izquierdo del vapor y comprendido entre el castillo central y el de popa. Le habían dado el nombre de *plazoleta*, porque abriéndose sobre ella las puertas del salón, de la sala de fumar y de la despensa, se formaban en este punto continuamente corros de pasajeros; y, como estaba resguardado de los vientos alíseos, que soplaban por la popa, acudían también las señoras á bordar y á leer. Y en efecto, le daban un cierto aire de *plazoleta* de teatro los cuartos que había de un lado, semejantes á las casitas movibles de la escena, con sus ventanillas con persianas, y el paso cubierto que allí desembocaba como una vía pública. Allí íbase á ver el camino recorrido y los grados de longitud, escritos día por día, sobre una pizarra, colgada de la puerta del salón; allí venían generalmente los empleados á tomar la altura del sol, allí afluían las primeras noticias de la pequeña crónica cotidiana.

Era un rinconcillo donde se fumaba saboreando el cigarro con gusto, como en un café, con cierta ilusión de estar en tierra y de hacer vida urbana. Alguna vez caía de improviso una porción de agua que regaba los bordados y los libros á las señoras, obligándolas á desaparecer;

pero, al poco rato volvían. Allí, en fin, en los primeros días, se habían conocido recíprocamente los más del pasaje.

*
* *

Cuando me acerqué aquella mañana, se me presentó por sí mismo, con simpática desenvoltura, una persona, en quien hasta entonces apenas me fijara antes y que después había de ser mi compañero más agradable hasta la terminación del viaje.

Era de Turín, agente de una casa-banca de Génova; iba á la Argentina todos los años; uno de aquellos hombres que en media hora se dan á conocer á fondo: figura de galán joven cómico, bien vestido, con el pelo blanco y el bigote negro, cara seria que excitaba la risa, ojos de estudiantillo, cerebro lleno de volantes, con buen humor inalterable y charla facilísima; echándola de toscano, sin afectación; atormentado por curiosidad de comadre, sin ocuparse de otra cosa que de la gente de alrededor, avisado y perseverante como viejo policía para indagar y descubrir la vida ajena y muy hábil para sacar materia de entretenimiento para sí y para los demás, sin despertar nunca las sos-